

rineos (734). Costóle á Abdelmelek ser depuesto por el walí de Africa, á quien preguntaba ya el Califa en qué consentía que saliesen tan desgraciadas todas sus empresas contra los hombres de Afranc ⁽¹⁾.

El desastre de Abdelmelek infundió nuevo desaliento en las tribus de España, y el gobierno de Damasco nombró emir de esta tierra á Ocha ben Alhegag, cuya cimitarra se habia distinguido en Africa en las guerras contra los berberiscos. Tenia tambien fama de justo y de severo, y á ella correspondieron bien sus actos de gobierno en España. Ocha se mostró inexorable con los dilapidadores y concusionarios; quitó las alcaldías á los caudillos acusados de avaros ó crueles, y llenó las cárceles de malversadores y exactores injustos. El delito mas grave para este emir en un funcionario del gobierno, era el que oprimiese á los pueblos por saciar su codicia. Ocha era en esto inflexible. Ademas de haber establecido cadíes ó jueces para que administrasen rectamente justicia, ordenó que los walíes organizáran partidas de seguridad pública para la persecucion de los ladrones y bandidos; llamábanse esta especie de celadores *kaxiefes* (descubridores), institucion parecida á la que posteriormente han adoptado las naciones modernas, bajo denominaciones diferentes, como cuadrilleros, miqueletes ó gendarmes, acomodando su nombre y or-

(1) Ebn Kha'dun, apud Ahmed Almakari.—Isidor. Pacens. Chron.

ganizacion á las circunstancias y á la índole de cada gobierno y pais. Ocha deslindó las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones, é igualó los tributos sin distincion de orígenes ni de creencias. Creó escuelas y las dotó con las rentas públicas: mandó construir mezquitas y oratorios, y dispuso que hubiese en ellas predicadores y maestros que enseñasen la religion al pueblo. Era el emir irreprensible en su porte, amábanle los buenos y temíanle los malos. Examinó la conducta de Abdelmelek, y no hallándole delincuente, le nombró comandante de la caballería con destino á la frontera del Norte. El mismo Ocha se encaminaba hácia el Pirineo para invadir la Aquitania, cuando en Zaragoza recibió órdenes del walí de Africa, en que le mandaba que sin demora se pusiese en camino para aquella tierra, donde los turbulentos berberiscos de Magreb con nuevas rebeliones amenazaban seriamente la autoridad del Califa, y hacian necesaria la presencia de un caudillo cuyo alfange habia domado otras veces á los inquietos africanos. Obedeció Ocha, y regresando apresuradamente á Córdoba, pasó á Africa con un cuerpo escogido de caballería (737).

Coincidió este suceso con la muerte de Pelayo, á quien sucedió en el reino por consejo y determinacion de los grandes su hijo Favila, que en un corto reinado de menos de dos años no hizo cosa digna de la

historia, dice el cronista Salmantino ⁽¹⁾, sino haber construido cerca de Cangas la iglesia de Santa Cruz que poco há hemos mencionado. Era la caza la pasión favorita de este príncipe, y entregado á esta diversion pereció un día desgarrado por un oso que había tenido la imprudencia de irritar (739). Aunque Favila había dejado hijos, ninguno de ellos fué llamado á reinar, acaso por sus pocos años, y dióse la soberanía al yerno de Pelayo, casado con su hija Ermesinda, llamado Alfonso, hijo de Pedro, duque también de Cantabria y de la noble sangre goda ⁽²⁾. Era el nuevo príncipe hombre de ánimo esforzado, inclinado á la guerra, emprendedor y atrevido, y el más propio para mandar en aquella sazón al pueblo y gobernarle. Ardía ya Alfonso en deseos de acometer alguna empresa con los vencedores de Covadonga, y á este propósito comenzó por escitar el celo religioso y guerrero de aquellos moradores, exhortándoles á salir de sus estrechas guaridas y á emprender la guerra de agresión contra los infieles, en lo cual no hacía sino seguir los instintos de su natural belicoso y fiero.

Brindábale oportuna ocasión el estado en que los

(1) Propter paucitatem temporis nihil historiae dignum egit. Sebast. Salmant. Chron. n. 12.

(2) Afirma Mariana equivocadamente haber muerto Favila sin sucesión; y consiguiente á este yerro, que una inscripción de la iglesia de Santa Cruz desmiente expresamente, comete otro mayor

y de más trascendencia, que es suponer que Alfonso fué nombrado rey, «según que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo.» Ni da nadie noticia de semejante testamento, ni la monarquía entonces era todavía hereditaria, sino electiva como en tiempo de los godos.

musulmanes se hallaban del otro lado de los Pirineos. Allá en la Galia llevaba Cárlos Martéll más de ocho años gastándoles las fuerzas con su prodigiosa actividad. Disputábanse con tesón sangriento la posesión de la Provenza y de la Septimania. Marsella, Arlés, Avignon, Nimes, Beziers, Narbona, todas las ciudades del Sur de la Galia de que se habían posesionado los sarracenos, perdidas y recobradas alternativamente por árabes y francos, eran teatro de las devastaciones del feroz Cárlos, que en su furor de destruir pretendió hasta incendiar el maravilloso y colosal anfiteatro romano de Nimes. Guerra de esterminio era la que se hacía á los árabes por el Mediodía de la Francia. «Porque francos y sarracenos, dice con loable imparcialidad un historiador moderno de aquella nación, bárbaros del Norte y bárbaros del Mediodía, parecían competir en aquella época desastrosa en menosprecio de la especie humana; y aún en esta triste rivalidad los francos excedían en mucho á los árabes. Desapiadados estos en el combate, pero tolerantes y humanos después de la victoria, tenían aliados y súbditos, mientras los francos no tenían sino enemigos, y nadie jamás aplicó tan duramente como ellos el *væ victis* de Roma ⁽¹⁾.» Así cuando la muerte sorprendió en 744 al

(1) Saint-Hilaire, Hist. d'Espagn. lib. III., c. 3. «El duque de Austrasia, dice también Romey, se mostraba más bárbaro con los cristianos que ninguno de los generales musulmanes que habían inva-

dido el país. Así la memoria y el odio de la invasión de Cárlos Martéll han vivido más tiempo en la Septimania que la memoria y el odio de la ocupación sarracena.» Hist. d'Espagn. part. II., c. 4.

furibundo gefe de la raza Carlovingia, dominaba la Provenza, y tenia reducidos los árabes á Narboua y á la insegura posesion de algunas ciudades de la Septimania.

En Africa habia conseguido Ocba sujetar á los inquietos berberiscos, derrotó muchas de sus tayfas, y dispersó á los mas rebeldes por el desierto. Pero el temor de nuevas insurrecciones le detuvo en Africa por espacio de cuatro años, y cuando regresó á España la encontró en el mayor desórden. Durante su ausencia, los walíes y los gobernadores subalternos, mas ocupados en guerras y rivalidades de raza que en el gobierno de los pueblos y en el progreso del Islam, no habian pensado en empresa alguna del otro lado de las fronteras. La discordia reinaba en todas partes. Solo Abdelmelek habia hecho esfuerzos por sostener el honor de las armas musulmicas, y acudido á reprimir las inquietudes de las fronteras. Ocba le dió las gracias por su celo y sus servicios, mas habiendo enfermado el emir en Córdoba, sucumbió sin haber podido hacer otra cosa que dejar el gobierno de España en manos de Abdelmelek como el mas digno.

Completemos el triste cuadro que para los musul-

«Aun pueden verse, dice Agustin Thierry hablando del famoso anfiteatro de Nimes, bajo las arcadas de sus inmensos corredores, todo lo largo de las bóvedas, las negras manchas trazadas por las llamas en los sillares que no pudieron ni destruir ni devorar.» Lettres sur l'Histoire de France.

manes ofrecia el estado de su imperio en Africa y España, cuando Alfonso I. de Asturias se preparaba á hacer sus primeras excursiones.

Horribles guerras entre árabes y berberiscos habian vuelto á ensangrentar el suelo africano desde la salida de Ocba. Aquellas bárbaras, numerosas y turbulentas tribus berberiscas, catervas de salvages de cetrinos rostros, ennegrecidos del sol, cubierta solo su cintura con un delantal corto y grosero, siempre de mal grado sujetos, montados en ligerísimos caballos, perpétuamente rebeldes al yugo de los árabes, habíanse insurreccionado de nuevo, y vencido en dos mortíferas batallas las huestes árabes, egipcias y sirias, la una cerca de Tánger, en que veinte y cinco mil árabes con su gefe el anciano Koltum *recibieron el martirio*, la otra á las márgenes del Masfa, en que despues de otra semejante y no menos espantosa carnicería, obligaron á un cuerpo de veinte mil sirios mandados por Baley y Thaalaba á refugiarse en Ceuta, desde donde acosados por el hambre imploraron el socorro de sus hermanos de España. Negósele al principio el emir de Córdoba Abdelmelek; y á un piadoso musulman, Zehiad ben Amru, que de su cuenta les envió barcos con provisiones, le hizo arrancar los ojos y ahorcarle entre un cerdo y un perro para ignominia y afrenta y ejemplar escarmiento de los que imitarle pensáran. Mas noticiosos los berberiscos de España de los triunfos de sus hermanos en la Mauri-

tania, revolucionáronse también contra el emir, especialmente los de Galicia, y marcharon los unos sobre Toledo, los otros sobre Córdoba. Encerrado por ellos Abdelmelek en esta última ciudad, llamó entonces él mismo á los sirios de Ceuta, y los hizo trasportar á condición de que habían de reembarcarse cuando él lo creyera oportuno. Baleg, en el apuro en que se hallaba, aceptó todas las condiciones.

Vinieron, pues, los veinte mil sirios á España en una desnudez espantosa. Vestidos y armados que fueron, unidos á los árabes andaluces pelearon con los berberiscos y los derrotaron, vengando el desastre de Masfa. Mas cuando Abdelmelek no tuvo necesidad de ellos y en cumplimiento del tratado quiso hacerlos reembarcar para Africa, negáronse á ello abiertamente, los auxiliares se convirtieron, como de comun acontece, en enemigos, pusieron sobre Córdoba, apoderáronse de Abdelmelek, y no olvidando Baleg su primera negativa de socorro, sin respeto á la blanca cabellera del anciano emir, impúsole el castigo que él había ejecutado en Zehiad, hizole ahorcar entre un perro y un cerdo. Así los sirios se trocaron de miserables aventureros en señores de España, y aclamaron emir á su gefe Baleg (entre los años 742 y 743). No sufrieron los árabes andaluces que unos extranjeros les pusieran así la ley, y se revolucionaron. También Thaalaba, segundo gefe de los sirios, se negó á reconocer la elección de Baleg. La mas completa esci-

sión y anarquía se declaró en los ejércitos musulmanes. Vino á aumentar la confusión y el desorden el wakí de Narbona Abderrahman ben Alkamah, uno de los árabes mas ilustres, que á la cabeza de un gran número de descontentos acudió desde la Septimania á medir sus fuerzas con Baleg. Encontráronse los wadies en los campos de Calatrava (Calat-Rahba), batiéronse cuerpo á cuerpo, la lanza de Abderrahman atravesó el cuerpo de Baleg, derrotó su hueste y fué apellidado *al Mansur* (el victorioso). Reunió Thaalaba los restos del ejército sirio, se apoderó de Mérida (743), pasó á Córdoba y se hizo proclamar emir. Tal era el estado de desconcierto del imperio musulmico en la Galia, en Africa y en España ⁽¹⁾.

Por su parte los cristianos del Norte, gallegos, cántabros, vascones y euskaros, mal sujetos á la dominación sarracena, apoyados los unos en sus vecinos de Aquitania, alentados los otros con el ejemplo de los asturianos, y animados todos con las discordias en que se destrozaban las razas y bandos del pueblo musulmico, hacian esfuerzos ó por defender ó por rescatar su independencia, y aunque sin concierto todavía ni combinación, comenzaban á entenderse, porque los impulsaba un mismo pensamiento, los unia un mismo peligro, un mismo odio al extranjero, una misma fé.

(1) Isid. Pacens. Chron. n. 63 sig.—Ben Alabar de Valencia, en y sig.—Conde, part. I., cap. 29 y Cassiri, tom. 2.

Conoció Alfonso de Asturias todo el partido que de este concurso de circunstancias podía sacar, y resolvióse á levantar el pendon de la conquista y á ensanchar los reducidos límites de su reino, saliendo de los atrincheramientos rústicos á que estaba concretado. Compartió el mando de las tropas de la fé con su hermano Fruela, y con animoso corazón franqueó las montañas que dividen las Asturias de Galicia (742). O mal guarnecido, ó abandonado entonces acaso este país por los sarracenos desidentes, Lugo vió con alegría ondear en su recinto el estandarte de los cristianos; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fé; las ciudades de la Lusitania, Braga, Flavia, Viseo, Chaves, acogian con entusiasmo á sus hermanos de Asturias. Lástima grande que las crónicas no nos hayan relatado sino en conjunto la serie de las conquistas ejecutadas por el esforzado Alfonso, ni fijado con exactitud el orden de las excursiones, ni dado noticia cierta de las dificultades con que hubo de tener que luchar en su atrevida cruzada. Refiérennos en globo haber tomado, además de las espresadas ciudades, las de Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Alava, hasta el Bidasoa y los confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el Cantá-

brico hasta las sierras de Guadarrama y últimos términos de los Campos Góticos que taló y yermó (1), recorriendo con sus triunfantes pendones una cuarta parte de la Península.

Suponemos que haria en diferentes años estas rápidas y gloriosas escursiones, las cuales por otra parte no podian ser conquistas permanentes: antes bien la devastacion y el incendio iban señalando las huellas de la marcha de Alfonso. Los campos eran talados, desmanteladas las poblaciones, las guarniciones sarracenas degolladas, los hijos y mugeres de los vencidos llevados como esclavos, los cristianos mismos recogidos para poblar con ellos las comarcas de Cantabria, Alava y Vizcaya, menos expuestas á la invasion de los musulmanes. Sólo conservó y fortificó las ciudades de las montañas limítrofes á sus antiguos estados, las que se prometia poder conservar. Leon y Astorga eran de este número. Un historiador arábigo describe así las expediciones de Alfonso: «Entonces vino Adefuns, el terrible, el matador de hombres, el hijo de la espada: tomó ciudades y castillos, y nadie osaba hacerle frente: mil y mil musulmanes sufrieron por él el martirio de la espada; quemaba casas y campiñas, y no habia tratados con él (2).» Ater-

(1) Campos quos dicunt góticos usque ad flumen Dorium cre-mavit. Chron. Albeld. n. 52. Los Campos Góticos se estendian entre el Duero, el Esla, el Pisuerga

y el Carrion. Hoy se llama este país *Tierra de Campos*, y pertenece á Castilla la Vieja.

(2) El Laghi, citado por Faustino Borbon, *Cartas*, p. 176.

raban á los árabes aquellos rudos montañeses, con sus largas cabelleras, sus groseras mallas de hierro, armados de hondas, del dardo ibero, del puñal cántabro, de horquillas de dos puntas, de aguzados chuzos y de cortas y cortantes guadañas, precipitándose de las sierras sobre los valles y campiñas.

En las poblaciones que conservaba, iba Alfonso restableciendo el culto católico, reponiendo obispos, restaurando ó erigiendo templos y dotando iglesias, lo cual le valió el dictado de *Católico*, que siglos adelante habia de aplicarse á otro rey de España para seguir siendo apelativo de honor de los monarcas españoles. Para defensa y seguridad de las fronteras, en las quebradas y en los lugares mas enriscados de las breñas y montes iba tambien erigiendo fortalezas y castillos, *Castella*, de donde mas adelante habian de tomar su nombre dos provincias de España. Asi empleó Alfonso los 48 años de su reinado, de modo que á su muerte, acaecida en 756, el reino de Asturias se estendia, aunque inseguramente y sin solidez, por toda la ramificacion de los Pirineos desde Galicia y la Cantabria hasta la Vasconia. Murió Alfonso en Cangas, y sus restos mortales fueron sepultados en el monasterio de Santa María de Covadonga que él habia fundado, donde fueron tambien trasladados los de Pelayo. Las crónicas cristianas cuentan los milagros que señalaron sus últimos momentos, y dicen que en su entierro se oyó á los ángeles cantar en armonio-

sos coros el salmo: *Ecce quomodo tollitur justus* (1).

Grandemente habia favorecido al éxito de las correrías militares de Alfonso el anárquico estado en que los musulmanes continuaban, no mas lisonjero que el que anteriormente hemos descrito. Cierto que en Africa el emir Hantala habia logrado vencer y sujetar, momentáneamente al menos, la raza indomable de los berberiscos. Pero la idea de descargar el suelo africano de esta gente feroz y desalmada trasplantándola á nuestra Península vino á aumentar los elementos de discordia que ya pululaban en ella. Quince mil *magrebinos* fueron trasportados á España al mando del emir Hussan ben Dirhar, llamado tambien Abulkatar. Llegaron estos africanos á dar vista á Córdoba á tiempo que Thaalaba iba á degollar en las afueras de esta ciudad mil prisioneros berberiscos. Preparábase una inmensa muchedumbre á presenciar el horrible suplicio de aquellos infelices, cuando entre nubes de polvo se divisaron banderolas y turbantes y el brillo de fulgentes armas. A la llegada de Abulkatar se suspendió la sangrienta ejecucion; los que iban á ser sacrificados fueron puestos en libertad, ordenó Abulkatar la prision de Thaalaba, y encadenado le envió á Africa á disposicion del emir (744).

Deseoso Abulkátar de poner término á las escisiones en que se despedazaban las diversas razas de los

(1) Sebast. Salmant. n. 45—Sileas. 26.—Chron. Ovet. p. 65.

musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes de las discordias era la reparticion de tierras, aspirando todos á poseer las fértiles campiñas de Andalucía, y principalmente los árabes y sirios que se creian con derecho de preferencia en la reparticion, como lo eran en la gerarquía religiosa, quiso por un medio ingenioso cortar todas las disputas, acallar todas las pasiones y contentar todas las voluntades, haciendo una nueva y general distribucion de territorios, señalando á cada tribu aquellas tierras ó comarcas que mas se asemejasen á su pais natal, y cuyo suelo y clima les suscitase mas dulces recuerdos de su patria. Asi á los de la Palestina les señaló el pais montuoso de Ronda, Algeciras y Medina Sidonia, que podian recordarles su Libano y su Carmelo: los que habian pastoreado en las márgenes del Jordan estableciéronse en Archidona y Málaga, á orillas del Guadalhorce, que corre como el Jordan entre pintorescos valles: asentáronse los de Kinserina en tierra de Jaen; algunos persas se quedaron en Loja; los de Wacita en los alrededores de Cabra; los del Yemen y Egipto obtuvieron las comarcas de Sevilla, de Ubeda, Baza y Guadix; á otros egipcios les fué designada la tierra de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron pais ni cielo que les representára mejor los jardines y vergeles que rodeaban la córte de sus Califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira, y adoptaron por nueva patria el pais de Grana-

da: á los árabes de Palmira les fueron señaladas las campiñas de Murcia y las comarcas orientales de Almería, que formaban las tierras de Tadmir. Por algun tiempo llamaron á Elvira *Damasco*, á Málaga *Arden*, á Jaen *Kinserina*, á Murcia *Palmira*, *Palestina* á Medina Sidonia y asi á las demas (1).

Estas adjudicaciones no se hicieron sin perjuicio de los cristianos, saliendo entre ellos el mas lastimado en sus intereses el godo Atanaildo, que por muerte de Teodorico obtenia el señorío de la tierra de Murcia. Impúsole Abulkatar fuertes tributos para el mantenimiento de los nuevos colonos, ó creyéndose ó suponiéndose desobligado el emir de guardar los convenios y estipulaciones ajustadas entre Teodomiro y Abdalaziz. Así fué desapareciendo aquel estado que el valor de Teodomiro habia sabido conservar enclavado entre los dominios musulmanes, sin que de él vuelva á hacer mencion la historia (2).

Lo que se hizo para traer las tribus á una concordia vino á ser causa de disturbios mayores. Samail, jóven sirio de ilustre cuna, pero de genio inquieto y díscolo, práctico en el ejercicio de las armas y astuto para tramar conspiraciones, alzó el estandarte de la rebelion so pretexto de que la tribu del Yemen, á que pertenecia Abulkatar, habia sido la mas favore-

(1) Xerif Aledris. Geogr.—Ben part. 1.

Alabar, Cassiri, tom. 2.—Conde, (2) Segun el Pacense, le exigió cap. 33.—Al Kattib de Granada, 27,000 sueldos. Chron. n. 29.

cida en la distribución de los lotes. Adhiriósele Thueba ben Salemi, aunque yemenita, y juntos declararon una guerra cruel á Abulkatar y á las tribus de su partido. Nada puede dar mejor idea del estremado encono á que se dejaron llevar en esta guerra aquellas razas vengativas que la descripción que hace un historiador arábigo de las batallas que se dieron cerca de Córdoba. «Fué (dice) como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince á veinte mil hombres cada uno..... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecían ya al freno ni podían moverse: echaron los «ginetes pie á tierra, y arremetiéronse espada en «mano.... la mayor parte rompieron también sus «aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos «con el pedazo de alfange que en la mano les quedaba, los otros hasta con puñados de arena y de guijo. «Los que no hallaban con qué herirse se abrazaban «cuerpo á cuerpo, se asian por la garganta, por los «cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, «sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hacia el medio día la victoria «estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas..... «cuando de repente vienen de Córdoba algunos centenares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran «guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de ganapanes, de carniceros, ávidos de sangre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas,

«de palos, de cuchillos ó de piedras.... que en otra «ocasion no hubieran excitado sino risa, pero que en «la crisis en que la lucha se hallaba no tuvieron que «hacer sino prender ó degollar.... (1).»

Alzóse Thueba de resultas de esta batalla con el poder soberano de la Península: recompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España Oriental, pero los wálies de Toledo y de Mérida se negaron á obedecer al usurpador. Así se fraccionaba ya en pedazos el imperio fundado por Muza y Tarik, la anarquía, el desorden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores tenían que defender con las armas sus propiedades y ganados. Era esto en ocasion que Alfonso de Asturias paseaba los estandartes cristianos desde la Lusitania hasta la Vasconia. Aprovechábase bien Alfonso del desconcierto de los musulmanes. En tan angustiosa situacion las diferentes razas de árabes, sirios, egipcios, persas, yemenitas y berberiscos, por un natural instinto de conservación acordaron dar una tregua á sus rivalidades y reunir todas las fuerzas del Islam bajo la autoridad única y central de un emir. Congregáronse los mas nobles jeques en Córdoba en una especie de asamblea general de los estados musulmanes, y conviniendo en la necesidad de elegir un gefe bastante enérgico que administrara justicia

(1) Manuscrito árabe de la Biblioteca Real de París, citado por Fauriel, tomo. III.

por igual y los sacara á todos de aquel estado de anarquía, recayó la eleccion en Yussuf ben Abderahman el Fehri, noble coraixita y caudillo acreditado, que habia sabido mantenerse estraño á todos los partidos, siendo por esta razon recibido su nombramiento con aplauso y contentamiento universal (746).

Dedicóse Yussuf á escuchar y satisfacer las quejas de los pueblos; arregló la administracion, reformó la estadística, destituyó á los malos gobernadores, consagró la tercera parte de las rentas de cada provincia á la construccion de mezquitas y á la reparacion de puentes y caminos, y dividió la España musulmica en cinco grandes provincias ó emiratos, cuyas capitales eran: Córdoba, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. De hecho el emir de España obraba ya con independencia del Califa de Damasco, ó era por lo menos una dependencia casi nominal. De ello se valió el ambicioso Ahmer ben Amru, walí de Sevilla, para intrigar con el Califa contra Yussuf y Samail, á quienes aborrecia mortalmente. Descubrióse la intriga por una carta que le fué interceptada. Yussuf y Samail trataron de deshacerse de Ahmer y no pudieron lograrlo (753). Nuevas guerras civiles volvieron á ensangrentar los campos de la España musulmana, porque le fué fácil á Ahmer indisponer de nuevo á las siempre rivales y jamás bien unidas tribus. Pelearon, pues, otra vez encarnizadamente árabes, sirios, egip-

cios y mauritanos, y guerrearon entre si los emires y walíes de Córdoba, Zaragoza y Toledo. Toda la España ardia en guerras civiles: todos sufrían: era un estado insoportable. Veremos como el mismo exceso del mal les inspiró el remedio.